

## Reseña

### **Jean de Marignolli, *Au jardin d'Éden*, traducido del latín y presentado por Christine Gadrat, Toulouse, Anacharsis, 2009, 93 pp.**

De los viajeros medievales al extremo oriente, Juan de Marignolli (c.1290-1358/9) no es de los más conocidos. La razón sea probablemente el hecho de que este franciscano no dejó una relación de sus viajes en forma independiente, como hicieran sus compañeros de orden Guillermo de Rubruck y Odorico de Pordenone. Prefirió contar sus vivencias, lo que vio y sintió en esas tierras lejanas, en el marco de una gran crónica universal desde la creación del mundo hasta su época. Este es, precisamente, el valor y la particularidad del legado del fraile: el incorporar sus experiencias a una obra mayor. Es decir, puso su experiencia y los conocimientos adquiridos en las extrañas comarcas de Asia al servicio de la teología y de la historia, buscando con ello ser un aporte tanto para el comentario bíblico como para una mejor comprensión del pasado de la humanidad. Esta característica ya había sido resaltada por la gran eminencia Anne Dorothée von den Brincken en su artículo “Die universalhistorischen Vorstellungen des Johann von Marignola OFM. Der einzige mittelalterliche Weltchronist mit Fernostkenntnis” (*Archiv für Kulturgeschichte*, 49 (1967), pp. 297-339): Juan de Marignolli es el único escritor de historia oriental antigua con conocimientos reales de la geografía y de las costumbres del lugar. Esto es también lo que estimula a Christine Gadrat, antigua alumna de la École des Chartes y especialista en los relatos de viajeros medievales, a traducir un fragmento de la crónica al francés. El trabajo ha sido realizado a partir de la edición de Joseph Emler (*Fontes rerum Bohemicarum*, t. III, 1882, p. 485-604), con correcciones tomadas del manuscrito Venecia, Biblioteca Marciana, lat. X. 188.

La introducción del libro es de suma importancia para comprender el sentido y la selección de los fragmentos. En ella, la traductora nos advierte que se trata exclusivamente de los pasajes en que Juan pone a contribución sus descripciones y conocimientos adquiridos en oriente. Ahí se nos da también el contexto histórico: sitúa a Juan de Marignolli en su tiempo, enmarcándolo en ese siglo XIV que fue la época dorada de los grandes viajes al extremo oriental, cuando misioneros, embajadores y comerciantes iban y venían entre Roma, Cambaluc, París, Samarcanda, etc. Él mismo realizó uno bastante extenso como legado

pontificio ante la corte del Gran Kan de Pekín, entre 1338 y 1353. Falta, en cambio, una explicación un poco más detallada del contexto literario. Aunque Gadrat se refiere brevemente al género historiográfico, hay que tener en cuenta que estamos frente a una crónica universal, lo que explica la importancia dada a la narración del Génesis y a la descripción del oriente, cuna del género humano y de la civilización. El cronista comparte con sus colegas la idea de la trasmisión de la civilización desde oriente hacia occidente (*translatio studii*); razón por la cual los pueblos orientales que visita no son ni mucho menos incivilizados o bárbaros. Lo mismo puede decirse en un sentido moral, puesto que son los lugares más cercanos al Paraíso. Por último, el sentido escatológico propio de estas crónicas permite entender las referencias constantes a ese lugar de dicha al que todos los hombres están llamados.

Después de la introducción y de las aclaraciones sobre la traducción, comienza la selección de pasajes de la crónica de Juan. Casi todas las referencias al viaje se concentran en la primera parte, especialmente en la sección relativa al paraíso terrenal. En efecto, de acuerdo a la antigua tradición bíblica y patristica, el jardín del Edén estaba situado en el extremo oriente de la tierra habitada, de manera que lo que el fraile vio en la India, en el Catay y, probablemente, en la isla de Java, le permitió transmitir a sus contemporáneos explicaciones fundadas de cómo sería la vida en los lugares donde se desarrolló la existencia de los primeros padres. Así, a continuación de la creación del mundo, se recoge un extenso fragmento (el más largo de la selección) consagrado a relatar y describir los primeros pasos de la humanidad: el jardín de las delicias, la historia de Adán y Eva, el pecado original, la expulsión, Caín y Abel y la multiplicación del género humano. Esta sección es especialmente rica en descripciones físicas y geográficas. Siguen el diluvio universal, la historia de Noé y una larga reflexión sobre los monstruos. Luego la Torre de Babel y la división de las regiones entre los descendientes del patriarca. Posteriormente se nos presenta un amplio fragmento sobre la aparición de los reinos sobre la tierra, en especial la fundación del Imperio Asirio de Babilonia y sus primeros gobernantes, Nino y Semíramis. La selección termina con pequeñas fracciones relativas al reino de los argólidas y al sacerdote hebreo Joiadá.

Lamentablemente, la presente edición ha optado por dejar sólo la traducción en lengua moderna, prescindiendo del texto en latín, que habría sido de gran utilidad. El cronista a menudo resalta la forma de los vocablos e incluso realiza, de cuando en cuando, juegos de palabras. No obstante, la traductora subsana esta falencia precisando el original latino en las notas a pie de página. Por ejemplo cuando explica que las túnicas que Dios confeccionó para Adán y Eva después de expulsarlos del Paraíso, no fueron realmente de pieles, como

solemos decir (*tunicas pelliceas*) sino de hilo de corteza de las palmeras (*tunicas filiceas*) (p. 46; *vid.* 1882, p. 499b). O cuando precisa que Juan utiliza el término *junkos* para denominar los barcos chinos que encontró en la India (p. 49; *vid.* 1882, p. 500a).

Aparte de las precisiones lingüísticas, la obra cuenta con numerosas notas explicativas sobre los lugares, personajes y objetos que aparecen en el relato. En este sentido, la estudiosa francesa demuestra un gran conocimiento tanto de la geografía y cultura oriental como del enciclopedismo medieval. Hemos de notar, sin embargo, una cosa que parece discutible. Cuando Juan de Marignolli se refiere al Preste Juan como rey de Etiopía, probablemente está pensando en la India Etiópica, lugar que en la época era ubicado en Asia, y no en la Etiopía actual, en África, como quiere Gadrat (p. 40, nota 54). Este lugar se menciona expresamente con el nombre de Abisinia (que más tarde pasaría a ser la Etiopía actual). Además, cuando habla del reparto del mundo entre los hijos de Noé, Juan señala con claridad que Etiopía se encuentra en tierras asiáticas (p. 66,1).

Juan de Marignolli se interesa por todo: botánica, zoología, vestimenta y ornamentos, medicina... Abundan las reseñas geográficas, de regiones y ciudades, haciendo hincapié en el clima o en los productos que ahí se producen, lo que no va sin utilidad para los negocios. Tampoco faltan los cuadros antropológicos y culturales. Por ejemplo, encontramos ricas descripciones de las religiones orientales. Hablando de los budistas de Ceilán dice “Ahí viven hombres religiosos y muy puros, incluso de tal pureza que ninguno habitaría en una casa donde alguien haya escupido. Ellos mismos escupen rara vez y para hacerlo, así como otras cosas, se apartan. Comen una sola vez al día, nunca dos, y no beben ninguna otra bebida más que leche o agua. Oran de una forma muy pura. (...) Estos hombres no guardan nunca nada para el día siguiente en sus casas, se acuestan en la arena, van descalzos, tienen un bastón en su mano y se contentan con una túnica como la de los franciscanos, sin capucha, y de un manto parecido al de los apóstoles, replegado sobre el hombro” (p. 58). Sin abandonar su óptica cristiana, el hecho de interesarse por esas extrañas prácticas religiosas parece un avance hacia el acercamiento y la comprensión. El viajero no se escandalizó de las costumbres orientales. Al contrario, percibió con claridad que estaba en presencia de civilizaciones milenarias de gran riqueza y complejidad cultural.

En cuanto a los conocimientos científicos desplegados en el relato, llama la atención la actitud del franciscano de corregir permanentemente los datos provenientes del saber antiguo y de las “autoridades”. Juan rompe en gran medida con las ideas tradicionales sobre geografía y etnografía asiáticas,

ideas que se venían repitiendo en Europa desde tiempos del bajo Imperio Romano, la ciencia de “los filósofos”, como la llama a menudo. A pesar de que su crónica se basa en gran medida en el *Pantheon* de Godofredo de Viterbo († c.1202), una obra célebre por su contenido fabuloso y sus exageraciones, se ve en la obligación de criticarlo y dar, a partir de su propia experiencia, nuevas explicaciones: fenómenos climáticos, poblaciones, animales, incluso interpretaciones bíblicas, todo es confrontado ahora con la realidad física y antropológica del oriente. Ejemplos emblemáticos los tenemos cuando argumenta a favor de la *transitabilidad* de la zona tórrida (p. 35,1) o cuando enseña porqué la pimienta es negra (p. 37,2-3), impugnando una explicación que venía de tiempos de Plinio el Viejo. Para todos los casos, el argumento más fuerte es el hecho de haber sido testigo presencial de lo que está narrando (*licet ego viderim in partibus illis...; ut vidimus oculis nostris...*; 1882, pp. 499a, 497b). Como se pone de manifiesto en la Introducción (p. 21), se trata de una actitud que contrapone el saber libresco tradicional a la experiencia vital. Y entre el dato enciclopédico y el conocimiento sensible, este último termina imponiéndose siempre. Esto explica el afán del monje por traer recuerdos de su viaje de vuelta a Europa, como elementos probatorios de sus afirmaciones. ¡Qué diferencia con Marco Polo!

Coincidimos con Gadrat en algo fundamental: más que un viaje en el espacio, Juan de Marginolli nos presenta un viaje en el tiempo (p. 21), hacia un pasado remoto, bíblico y profano, que se hace presente a medida que el viajero va reconociendo el jardín de Adán, el emplazamiento de la Torre de Babel, las murallas de Babilonia construidas por la reina Semíramis, la comuna de Alejandro Magno, la tumba del apóstol Tomás...; donde se mezcla el oriente de la Sagrada Escritura, con el de las enciclopedias y el de la experiencia vivida de comerciantes y misioneros. Así pues, la traducción de esta crónica a lengua moderna nos trae una vez más la entusiasta visión medieval sobre el oriente, bajo la mirada especialmente crítica de un aventurero que llegó hasta los lindes mismos del Paraíso. Sin duda, un gran aporte.

**José Miguel de Toro Vial**

*Universidad Católica de la Santísima Concepción*